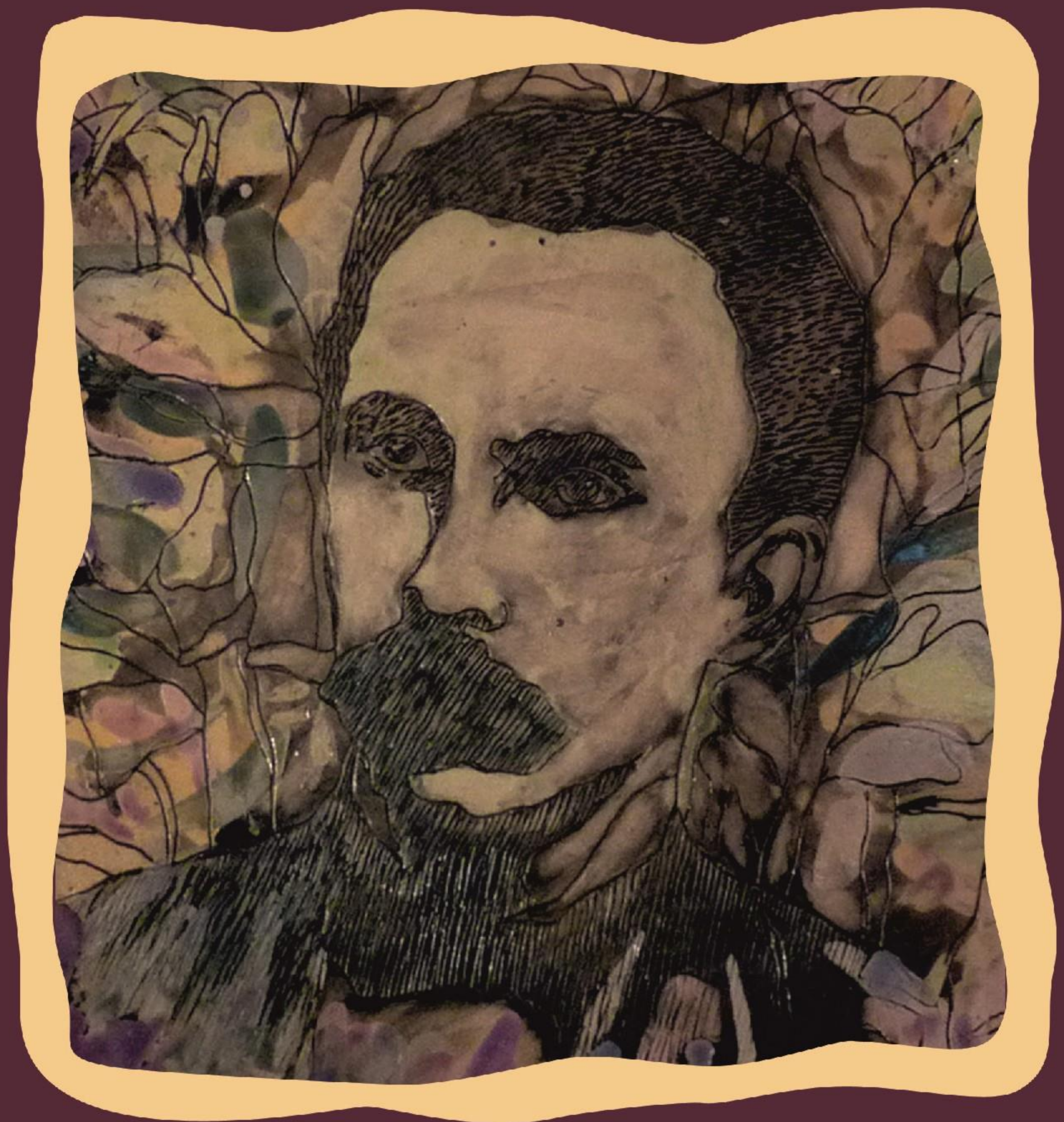


Una mirada al Apóstol

Víctor Hernández Torres



Una mirada al Apóstol



Obra de cubierta: José Omar Torres
Mística, virtud..., flor, 2003
Esmalte sobre cubierta, 50cms de diámetro

Una publicación de la Sociedad Cultural José Martí

Edición / CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS
Diseño de cubierta, de interior y composición / LUISA M. GONZÁLEZ CARBALLO

© Víctor Hernández Torres, 2014
© Sobre la presente edición:
Sociedad Cultural José Martí, 2014

ISBN: 978-959-7156-21-5

Sociedad Cultural José Martí
Calle 17 no. 552 esq. a D, El Vedado
Tel: 8336680
E-mail: sociedad@martiano.cu

Una mirada al Apóstol



Víctor Hernández Torres



La Habana, 2014

A mis maestros que me hicieron martiano.

A mi familia y amigos.

A Norge Sánchez por su aliento.

Índice



Los padres / 11
El nacimiento / 13
Infancia / 14
Hanábana / 17
La Habana / 19
Presidio / 21
Exiliado / 23
Vindicación de Cuba / 25
<i>La Edad de Oro</i> / 27
<i>Versos sencillos</i> / 30
“Nuestra América” / 31
“Con todos y para el bien de todos” / 32
“Los pinos nuevos” / 34
“Partido Revolucionario Cubano” / 35
La Fernandina / 36
24 de febrero de 1895 / 37
<i>Manifiesto de Montecristi</i> / 38
Playitas de Cajobabo / 39
Mambí / 41
Dos Ríos / 45

Pórtico al lector



José Martí es compañero perenne de los cubanos. A su nombre va unida toda nuestra vida. Aprendemos a leer con *La Edad de Oro* en la niñez y, de padres o abuelos, transferimos el afecto martiano a hijos y nietos.

Muchas veces, ante cada prueba que nos presentan las circunstancias, tenemos el socorro de una frase del Maestro. La recepción de su existencia desborda un siglo, y se manifiesta con variaciones de arcoíris en las clases de la escuela, en el diario acontecer del periodismo, en la actividad de la ciencia política, en la investigación de la academia. Pero es en la poesía donde encuentra mejor encanto: este libro, breve y refinado, así lo prueba. Su autor, que ha dedicado a la patria y a la Revolución su vida entera, nos presenta hitos fundamentales de aquella batalladora existencia con la buena ayuda de un imaginario nutrido por sus fervorosas lecturas. Cada frase poética descubre al Apóstol en entorno y contorno: es un homenaje y también un compromiso. Cuando lo humano como valor se precipita, lo puede salvar a tiempo solo un gramo de poesía. Viene Víctor a depositar ese peso, que saca de su alma, en la balanza de la época que vivimos: una vez más, a la manera martiana, el equilibrio de la virtud se logra con emociones.

Con emoción se ha de pasar este pórtico: la virtud espera en cada página.

JORGE LOZANO ROS

Los padres

(7 de febrero de 1852)



Impaciente en el portón de la iglesia aguarda el valenciano don Mariano por la canaria Leonor Pérez.

Ve surgir del fondo de la plaza el carruaje que trae a la novia. Una suave brizna envuelve la ciudad y en los huesos se siente el frío invernal de febrero.

El viento alza el velo de la virgen doncella y la suelta cabellera rueda sobre el pulcro rostro de la isleña.

Ajeno al clima permanece impávido el varón, devorando con la mirada a la damisela de sus quimeras y desvelos.

Ella lo divisa. Un estremecimiento recorre su cuerpo y se alberga en su vientre.

El calesero detiene la volanta frente a la puerta de la morada de Dios.

Temblorosa desciende la joven y posa sus pies sobre los húmedos adoquines.

Esboza una sutil sonrisa, caprichosas perlas de agua invaden el maquillaje.

Hinchado, el novio la lleva al altar.

El cura jovial desde el retablo declama la oración.

Las familias felices contienen la respiración y solteronas con sonrisas fingidas suspiran su carencia de amor.

La besa con pasión. Ella siente que se eleva por la capilla y su espíritu todo cede en ardor.

Los amantes, ajenos al entorno, no escuchan al clérigo que con voz de tenor exclama:

¡Los declaro marido y mujer!

El nacimiento

(28 de enero de 1853)



Día huérfano de sol.

Navega sosegado el velero por la rada habanera. Un torbellino de gaviotas aletea sobre las dóciles aguas.

Los pelícanos descansan sobre restos de botes abandonados por pescadores aburridos de sol y salitre.

Seco y frío es el aire que escapa del Norte hacia el cálido Caribe.

Una leve brisa arrastra el melodioso pregón de la vieja negra descalza. Anuncia frutas y empalagosas raspaduras.

Contracciones de vientre. Feto que busca la luz. Dolor de parto. Corre por las candidas piernas de doña Leonor, la fuente reventada.

Comadronas hábiles en vaciar matrices preñadas.

Caliente el agua. Paños que secan sudores.

Perturbado se siente don Mariano, acorralado en la pequeña casa de la calle de Paula. Cada gemido de su esposa se le clava en sus entrañas.

Expectantes en balcones y ventanas las charlatanas del barrio. Lloriqueo del recién nacido, anunciando al Olimpo el trofeo de la vida.

Llanto de niño que estalla en un grito de libertad.

Madre dichosa, engendrando patria.

Advenimiento de un héroe.

Infancia



Ajetreo en el puerto. Muelles de espaldas sudorosas y
hedores desagradables.

Apuros de los que parten en el primer navío tras destinos
esquivos en otras latitudes.

Apresurado anda el quitrín por la calle de Paula.

Entre peatones y volantas se desplaza por la vía de
adoquines, donde mendigos suplican limosnas y un ciego
implora caridad.

Doña Leonor carga sobre su pecho, abrigado todo, al recién
nacido. Don Mariano, serio y callado, va saludando a los
conocidos con ademanes marciales.

Se detiene el carruaje a la entrada de la iglesia del Santo
Ángel Custodio.

Ágil como un atleta se desmonta el hombre y ayuda a bajar
a la apacible esposa que amamanta a su crío.

Familiares y amigos excedidos en glorificaciones con la
criatura.

Ligera música medieval arropa la capilla. La madrina viste
de blanco y el padrino lleva sombrero y bastón.

El capellán con voz de artillero consuma el bautismo. El
infante adormecido es despertado por el rocío del agua
bendita traída desde Belén.

Planean palomas blancas. Sobre el campanario canta un
sinsonte.

En el jardín revoletea un zonzún enamorado de la flor de la
mariposa. Pasa con vuelo bajo el tricolor tocororo.

Soliviantado y vivaracho va andando y creciendo con los
mimos maternos y la rectitud del padre. Desde la ventana de
la calle observa con atención a los repartidores de periódicos
anunciando noticias que no saben leer.

Retoza en la tina, con agua pura del Almendares.

Pulcro y escaso de apetito a las tres se sienta a cenar.

Amorosa la abuela lo lleva en las tardes a pasear por la
Alameda de Paula.

Espanta descarriadas gaviotas.

Se paraliza azaroso ante el perro que corre tras el carruaje
atiborrado de desconocidos y levantando una nube de polvo
se disipa por el camino de Guanabacoa.

Noches tenues bajo el farol de gas de la esquina. Velas
dilapidadas por la vehemencia del fuego.

En su lecho escucha el chirrido seco y antiguo de las puertas
de la arcaica muralla. Atrancada la ciudad. Silencio. Sosiego.
Ceñido por Morfeo viaja sobre estrellas y salta sobre la luna.

Arduo parte el navío.

Esquivando las corrientes del Golfo, deshaciendo olas y
vientos.

Atrás va quedando el Caribe y sus hechizos.

En la lejanía la inmensidad del Atlántico.

Días y noches desabrigados de tierra.

Bodegas abarrotadas de azúcar, café y tabaco.

Camarotes alojados por peninsulares y criollos, hastiados
del zarandeo del océano. Horizontes sin puertos.
Los niños corren por la cubierta. Las damas despeinan su
cabellera en la popa.
Desde la proa se divisa el faro. Gozo de tierra.
Valencia y su suelo de vientre fértil, paridora de viña,
naranjas y almendros.
Sus piedras guardan el alma católica, visigoda y
mulsumana.
Ciudad crecida, abandona las estoicas murallas árabes.
El barco se ladea sobre el muelle.
La muchedumbre delira.
Pasajeros deseosos descienden con la presteza de abandonar
pesadillas.
Un infante de cuatro años pisa la tierra de sus antepasados.
El Cid Campeador se zarandea en su sepulcro.

Hanábana

(1862)



Viene brotando el sol por el Este.
Fragancia de café y degustación de leche fresca.
Canta el gallo fino en el corral.
Diminutas manos le lanzan maíz y acarician su cresta.
El niño monta el caballo y lo lleva por la hierba mojada del
potrero.
El equino con brío, marcha enfrenado.
Anda por los montes de la llanura.
Suelto, libre.
Camina el infante bajo la sombra de mangos, algarrobos y
atejes.
Atento a lagartijas, jubos y sabaneros que se escurren en la
maleza.
Desde su cabalgadura idolatra el trinar de las aves, en una
ceiba canta el sinsonte.
Trotando por cañaverales sacia su sed con guarapo de los
trapiches.
Aplaca el calor en las cristalinas y frescas aguas del río.
El edén se torna turbio, el crimen eclipsa la sabana.
Tiemblan los barracones, cuando el látigo maldito azota y
ultraja al negro encadenado.

Se desgarró el alma ante la imagen del esclavo colgado en un
ceibo del monte.

El niño siente rabia.

Jura lavar con su sangre tanta injuria.

La Habana



Sobre hombros carga su ciudad.
Sus gentes, sus olores, sus colores, su música y bailes.
Imágenes imborrables de calles y lugares.
Nostalgia de andanzas, soles y calores.
Urbe sentada en el Caribe mágico donde se alojan las
Antillas.
Resguardada por vetustas fortalezas.
Apretujada por murallas que atrancan con el estruendo del
cañonazo.
Puerto seguro, abriga de la furia de Eolo.
Muelles sembrados en la roca, por donde marcha el azúcar y
el tabaco.
Sol y salitre intensos, lastiman desamparadas pieles de
indefensos pescadores.
Calles empedradas por donde trotan quitrines y anda
apurado el gentío.
Caleceros negros de vestimenta refulgente.
Camino de hierro por donde jadea el tren.
Vistosa y henchida de algarabía la estación de Villanueva.
La Chorrera y el Almendares surcando el latir de la villa.
Suburbios asolados por el flagelo de la fiebre amarilla, el
dengue y el cólera.

Sepultureros enclenques de cavar sin fines de sepulcros en el
camposanto de Espada.

Remembranzas indelebles de la calle de Paula, de Merced,
Ángeles y Refugio.

La perdurable veneración a la Guanabacoa de Pepe Antonio.

Ciudad donde perdura el evangelio vivo del padre Valera.

Gozo de tener a Mendive. Preceptor y maestro de albores.

Fascinadoras doncellas seduciendo ávidos mancebos en la
retreta de la Plaza de Armas.

Oídos alucinados con la lírica tierna, nacida de las tablas del
Tacón y el Villanueva.

El tufillo de la tinta fresca y el retumbar de las máquinas del
Iris.

Germinan de esencias tiernas *El Diablo Cojuelo* y *La Patria
Libre*.

El desprecio a los déspotas por deshonorar su Nubia.

El desalmado grillete lastima al preso 113 en las hostiles
canteras de San Lázaro.

Presidio



Llora, tiembla y se estremece.

No llora por cobarde.

No tiembla de miedo.

No se estremece de espanto.

Llora por el diminuto Lino, flor de rosa que con doce años
sufre en las sórdidas mazmorras del presidio, donde el palo
y la viruela lo consumen.

Tiembla por la inocencia del negrito Tomás, crío arrebatado
a los retozos, a su jungla, a su tribu y a su dialecto.

Se estremece cuando el látigo arranca la piel negra del
centenario Juan de Dios y borra de su semblante la
perdurable sonrisa traída de la planicie africana.

Estoicos como los cantos de la cantera resisten azotes y
patadas.

Tristes y adoloridos remolcan sus descalabrados cuerpos.

Respiran, pero están muertos.

Silenciosa va la cuadrilla, torpes uniformes y tiranas
cadenas de la cintura al tobillo.

Infernales canteras de San Lázaro.

Oprobioso imperio de piedra y cal.
Deambulan cadáveres de sombras vivas.

Maternas manos preparan almohadillas, que mitiguen las
úlceras del hierro en la carne.
Desgarrado progenitor, sana las ampollas de la cal sobre la
tierna epidermis.
Por su añeja mejilla fluyen como cascadas lágrimas de
impotencia.

Siente dolor infinito.
No es su dolor. Es el dolor de almas ajenas.
Es el dolor de la dignidad pisoteada.
Es el dolor de su tierra que gime y padece.
No odia.
No puede aborrecer a nadie.
Levanta la frente y anda.
Camina entre espinas de donde nacen flores.

Exiliado



Ignominiosa dominación, cargada de odio y absolutismo.
Nefasta tiranía, expulsas de su tierra a los dignos fundadores.
En las deplorables bodegas del buque sufre el expatriado.
Sin raíces ni soles.
Busca el barco su puerto.
Suspira el desterrado sin destino.

Bajo sus pies germinan otras hierbas.
Sobre su cabeza colores de otros cielos.
Bostezando otras esencias.
Degustando desconocidos aromas.
Soplos fríos sobre espíritus errantes.

Raído el ropaje.
Gastados zapatos de tantos caminos de piedra.
Billetera desamparada de caudal.
Dúctil refugio desguarnecido de ostentaciones.
Mesa exigua de banquetes.

Amigos de mano franca.
Extensos días de noches cortas.

Anhelosas faenas seductoras de tiempos.
Indiferencias de salud endeble.
Torrente de brío asediando albos.
Bajo el brazo suspira el libro que será devorado.

Anda por los senderos de indios dóciles y sin tierras.
Agonías de repúblicas con libertades truncas.
Espurios gobernantes de pueblos quietos.
Próceres mancillados, engaños de panteones.

Deambulan los compatriotas por tierras extrañas.
Vagan sus cuerpos con evocaciones de cicatrices.
Padecen las añoranzas de las cargas al machete.
Soportan las nostalgias de campamentos y trochas.
Sollozan por la nación estoica que sufre.

Látigo mortal, con la palabra azota a cobardes y tiranos.
Verbo puro y desmedido, conquista sueños y atrapa corazones.
Luz de pensamiento. Ve más allá de los hombres y prende la llama.
Escritor profuso, se derrama libre sobre el pergamino.

Unificador de ardores y energías.
Sembrador de conciencias, cosechas de amaneceres.
Creador de espíritus nuevos. Vigorosos se levantan sobre las montañas.
Conspirador de silencios fecundos.
Campanario redentor. Retumba y despierta pueblos dormidos.

Vindicación de Cuba



Inútiles aquellos que no saben fructificar pleitesías a los
plausibles héroes que sustentaron con sangre el suelo patrio
y en épocas de calmas andan sin pan.

Inútiles y ofuscados los que no han sabido reverenciar al
campesino que enfundó el aguerrido machete para labrar su
tierra.

Inútiles tontos que no han percibido fecundas treguas.

Homéricas hombradas enaltecen la manigua,
jovenzuelos color de aceitunas y exiguos cuerpos.

Soñando en inmensas noches sobre el fango.

Insurrectos abrigados con ramas.

Raíces que atenúan el hambre.

Bravíos lozanos que abaten al enemigo.

Verduelos arrojados por el clarín a vencer o morir.

Desembarcan peregrinos de trabajo recio.

Frente alta, manos vacías.

No buscan las sendas oscuras de la subsistencia, están
curtidos en el trabajo honrado.

Arrollan las durezas de la vida.

Cuerpos vigorosos se hacen valer.

Levantán sobre la piedra y la desolación al cayo estéril.

Marcas perennes, alma fémina que entrega su corazón al deber.

Hombres encumbrados en la cima del decoro, han peleado como gigantes.

Mamb  que arrancó el sable al contrario para escribir su epopeya.

Glorificar a aquellos cubanos de fortunas y haciendas olvidadas, que abandonaron sus caudales y como haz de luz partieron a la épica contienda.

Enaltecer a los aldeanos de la tea fogosa, que incineraron sus villas y raíces. Orgullosas cenizas que dejaron de ser esclavas.

Ensalzar a los guerreros demoledores de cadenas opresoras, incineradores de la vil esclavitud.

Descansos prohibidos.

El sacrosanto precio de la libertad anda en alas avispadas.

Tiempos estre idos, cosechas sin cimentar.

Brazos que se enaltecen por la santificada memoria de los caídos.

Turbulento reposo, antes de la batalla.

La Edad de Oro



Ese hombre de Oro, torbellino de pasiones, es mi amigo.
Es mi amigo por el torrente de frescura y belleza de su
lenguaje, manantial de valores humanos seductivos de
quimeras de amor y justicia.

Por darme la luz fecunda para vivir y
el color de las piedras. Por saber hacer
brotar de su alma las esperanzas del mundo.

Dice y hace lo que piensa.
Se deleita con los colibríes curiosos, mientras revolotean
entre las flores. Sabe querer al héroe famoso
y al último soldado.

Es soldado de la dignidad humana
y del decoro. Besa a las mariposas,
desbordado de ingenio, de talento y buen corazón.

Me llevó de excursión por Troya.
Estoicos lidiaban Héctor y Aquiles ante la holganza
de los dioses.
Ajenos a las batallas anduvimos por presumidas montañas
acariciando ardillas.

Con la niña Chichá come aceitunas,
socorre a los infantes descalzos. En las
alboradas lleva azúcar a los caballos
y durante la noche cede al niño pobre su sable dorado.

Llora al hijo del rey. Abraza con ternura al pastor y
en la fosa de su hijo echa un jazmín.
Como los montes nos va juntando
y prende la antorcha del tiempo feliz.

Danza con la pequeña Nené en una estrella azul y
calado en las recónditas aguas del mar busca la perla
sumergida, para deshacer los sollozos de la mora de Trípoli.

Brota de la raza limpia del indio y sus selvas,
venera a los héroes que no temen ni al rey
ni a la tempestad.

Lleva despeinada la barba azul
y la brisa le agita el gorro colorado de caperucita.
Regala a la niña, que estuvo llorando en el huerto, una luna
nueva y rogando pide al camarón encantado una rosa
blanca y un jazmín.

Gozoso va por la playa,
salpicando a Pilar con la espuma del agua.
Descalza por la arena la niña,
feliz sin sus zapaticos de rosa.

Lleva en sus sensibles manos
un ramo de flores para la muñeca negra,

la linda muñeca que tanto quiere.
La besa, la abraza y se la aprieta al corazón.

Vive en la selva
y conoce la naturaleza.
Acostado sobre la hierba virgen.
Deleitado por el cantar del ruiseñor en los árboles del bosque.
Con tribus negras por la jungla arrullando elefantes.

Versos sencillos



Noche negra parida por invierno de angustia
que cierra las escasas nubes de cielos ausentes
desperdigados sobre el bravío mar de aguas turbias
que lacera las rocas al reventar las olas.

Gallardo apóstol espantando los miedos
y emergiendo la prosa pura salida del corazón,
corre el verso por riachuelos de oro natural
arrastrando raíces y embrujos.

Vuela con la abeja que susurra entre las flores
el infinito apego a la libertad.
Fluido de esperanzas esparce llano y simple los
sentimientos de amor a la sencillez.

“Nuestra América”



Cometas desparramados, sacuden pueblos indiferentes.
Para levantar los pensamientos con la pujanza viril,
encumbrar la luz deshaciendo botas opresoras y fraguar
corazas para los torbellinos que talan las raíces sembradas
en la plata de los Andes.

Dolorosas tierras alzadas por apóstoles,
con la sangre cuajada de la raza india, blanca, negra y
mestiza.

Corre el llanero en su potro,
por donde el hombre natural funda el cambio de espíritu,
vuela con el cóndor y abraza al inca.

América se salvará. En sus selvas, ríos y montañas
germinan los que andan en alpargatas y con vincha.
Se salvará porque camina con la camisa al codo,
jubilosa de su agrio vino.

Se salvará pensando en la semilla nueva.

En los cerros de Caracas la espada de Bolívar vigila al
pulpo que duerme.

“Con todos y para el bien de todos”



¡Cubanos!

Vamos todos a juntar nuestras manos fundadoras.

Vamos todos a enaltecer el altar de la nación.

Vamos todos a asaltar estrellas.

Vamos todos a rebosar de palomas nuestros corazones.

Vamos todos a juntar la fuerza y el pensamiento.

Vamos todos impávidos a la faena sublime.

Vamos todos a concluir la obra que nuestros muertos están mandando.

Vamos todos a desafiar la luz.

Vamos todos a sujetar y empujar los ideales.

Vamos todos descalzos a conquistar sueños.

¡Cubanos!

Para el bien del pueblo preñado de amor.

Para el bien de la tierra que sirve de templo a nuestros héroes.

Para el bien del culto al decoro y a la dignidad.

Para el bien de nuestros hijos.

Para el bien del viejo guerrero.

Para el bien del virgen soldado.

Para el bien de las verdades que arrastra el aire como nimbo de oro.

Para el bien del pueblo fiero de almas libres.
Para el bien del sol que va naciendo.
Para el bien de la justicia sobre los penachos del palmar.
Para el bien de la santificada verdad.
Para el bien del hermano negro y generoso.
Para el bien de los que edifican, perdonan, prevén y aman.
¡Cubanos!
Hagamos una arremetida de corazones, para el bien del
amor triunfante.

“Los pinos nuevos”



El silencio ahoga las palabras.
Lágrimas fecundizando flores sobre sepulturas de ternuras
asesinadas.
A media asta ondea la bandera, recostada a una palma.
Corazones encumbrados en el Turquino.
Cabezas altas contemplando el sol puro levantarse por el
horizonte.
Pechos desbordados de alegría.
Verdor de tierra bañada por la lluvia.
Cielo azul, manto de gloria.
Necesaria la muerte hermosa y útil, abona frutas.
Triunfan los vivos al saber arrancar a las tumbas de sus
muertos el libro de la vida, tejedor del alma de la patria.
Purificado y angélico el amor de los que fueron al sacrificio.
Valor oculto por donde saldrá a triunfar la gloria de los
guerreros de mañana.
Gloria sin lágrimas, sin cobardes.
Yacen en las oscuras fosas los huesos venerados de los
masacrados frente al mar.
Anegaron la peñascosa costa con un manantial de sangre,
hizo a la patria más pura.
¡Eso somos nosotros!

“Partido Revolucionario Cubano”



Fundidos el glorioso mambí de ayer y el joven fertilizado
durante la fecunda tregua.

Fundidos cuerpos marcados de cicatrices y cuerpos
impúberes.

Fundidos en el ajiaco de nuestra raza.

Fundidos los estoicos criollos de la isla y los que yerran por
otras tierras.

Fundidos desgajando temores.

Fundidos los acaudalados y menesterosos.

Fundidos los patronos y obreros.

Fundidos con las manos y el pensamiento.

Fundidos en el esfuerzo ordenado de crear un pueblo nuevo.

Fundidos en la disciplina forjadora de hombres.

Fundidos en los brazos y la voz de la nación que manda.

Fundidos en la obligación de glorificar a los caídos.

Fundidos en el anhelo de servir y vencer.

La Fernandina

(enero de 1895)



Nacidos de donde crece la palma y solfea el sinsonte,
van centavo a centavo sustentando las exiguas arcas de
batallas por venir.
Desasiéndose de lujos, ostentaciones, recreo y pan.
Afanosos tabaqueros de bolsillos sin caudal.
Prestos a surcar el Caribe, el Lagonda, el Amadís y el
Baracoa, naos con vientres preñados de armas para
consumar la faena iniciada en La Demajagua.
Vil Judas que acuchilla el esfuerzo y el brío de los soldados
libertarios.
Monstruo de oscuras entrañas, servil a la metrópoli tirana.
Barcos varados. Fracaso.
Huestes dispuestas al sacrificio sin mirar lo deshecho.
Titanes mirando lo que hay que hacer.
De las cenizas renace el palmar.
¡Estallará la guerra!

24 de febrero de 1895



La nieve abriga a Nueva York.
Ráfagas de vientos abaten quebradizos ventanales de cristal.
Se desliza avivada la tinta sobre el papel.
En el papiro se incrusta la epopeya necesaria por venir.
Gloriosos cubanos, el mandato libertario germinó.
La fecunda tregua ha parido los gladiadores patrios de la libertad.
El viejo Guiller món alza su machete y el clarín toca al degüello.
Levantados los muertos de sus osarios. Despierta el mambí dormido.
Veteranos y pinos nuevos colorean la manigua.
Torbellino de jinetes carga sobre huestes tiránicas.
Sábanas matizadas de sangre y duelo.
Despedazando cadenas flamea la bandera tricolor.
Arde la isla redentora, la espada no volverá a caer.

Manifiesto de Montecristi

(25 de marzo de 1895)



Al combate corred cubanos como huracanes de pólvora y machete.

Al combate heroico. Acatar y cumplir su deber de cara al sol.

Al combate solemne y útil herrero de ilusiones.

Al combate de hombres enteros hasta la columna.

Al combate contra tiranos, no contra el español.

Al combate arrollador de los imprevisos que salgan al camino de la luz.

Al combate para salvar la patria desde su raíz germinante.

Al combate héroes primados de la emancipación,
destrozando cadenas.

Al combate hermanados con el glorioso gladiador negro de embestidas triunfantes.

Al combate con respeto, acero y amistad de seres íntegros.

Al combate con espíritu de redención, donde florecen
gérmenes fécondos.

Al combate del heroísmo juicioso de las Antillas
desparramadas en el Caribe.

Al combate por el equilibrio, aún tambaleante del mundo.

Playitas de Cajobabo

(11 de abril de 1895)



Con sigilo parten los héroes.
Encolerizado mar. Tormentas.
Indefensos navíos se zarandean.

Postergados los pensamientos y
los tiempos de espera. Lo impone
el bizarro lidiando en la manigua.

Negro el cielo con mamparas de chubascos.
Encrespadas olas empapan los ojos.
Ineptos remeros. Con dulzura y temple
afrontan los embates. Manufacturan la gloria
vencedora de quebrantos e infortunios.

Al timón una hoz, en la proa rema
una tea. Ni las tempestades
ni los torbellinos amilanan a los próceres.

Por debajo de una nube asoma
la luna roja. Deja al descubierto
el farallón que resguarda la
playa arenosa.

Pies sobre la costa anhelada.
Las piedras y espinas rasgan.
Los titanes acarician y besan el suelo patrio.
Pechos venturosos de la dicha consumada.

Canta un gallo sin ser de
mañana. Canta al desembarco
de la furia libertaria.

Mambí



Satisfecho afán de patria, anda
por la manigua preñada de insurrección. Al lado
del legendario mambí y la épica caballería.
Duerme sobre lechos de tierra
abrigado con cobertores de hojas secas y yaguas
de palmas desgüeñadas.
Estruendo de piedras arrastradas
por ríos crecidos, se deslizan desde
las erguidas montañas. Cauces perdidos
y desbocados entre barrancos y farallones.
Hondo el pecho, montes risueños
se desploman en la recia colina. La
brisa marina del Sur danza con las flores
de la hierba ahogada por el aluvi3n.
Fraternos loma arriba van los guerreros
despedazando enredaderas, cortando
bejucos que azotan y ahorcan. Las
espinas taján y siegan.
Sierra espesa. Rec3ndita de majaguas y cedros,
donde imponente crece el caguairán.
Amparados a la sombra se desparraman
los cafetales y los helechos. Los palmares empinan los valles.

Inquietando la maleza un perro amarillo. Alzan vuelo las tojosas. El grillo silva, se encubre la jutía. Desaparece el lagartijo en el verdor de la tarde.

Tras la ceiba un dulce sol ilumina feraces barrancas del río amado. Cauto, torrente de aguas bravías vergel de sangre purificada. Limpio y claro te nutre el apacible Contraamaestre.

Saciada la sed con guarapo de caña, miel de abejas y refrescante agua de coco. Hambres de campanas mitigadas por dóciles frutales e inagotables bosques que paren todo. Manjares majestuosos de maíz, boniato y plátanos asados.

Catauros rebosados de carne fresca. Cocimientos para curar y sanar heridas. Fríos amilanados con ron, chocolate y anís caliente. Casabe y tasajo en noche de chubascos. Auroras de queso y pan.

Rancho de yaguas. Techo de pencas de coco, resplandecido por una vela de cera. Se resbala fácil la pluma, mana el caudal de ideas. En la hamaca reposa el rifle con cien cápsulas. La fogata seca las ropas.

En el cielo una paloma y una estrella.

Jolgorio en el campamento insurrecto.

Se estremece la manigua redentora, el generalísimo solemne lo empina a general.

Horizontes de montes azulados.

Penachos de nubes blancas cubren viscosos potreros por donde vuelan las aves en busca de la sombra.

Va el anciano negro, hermoso, de sonrisa
limpia y pura cargado de yucas y mangos.

Marcha la columna de sol a sol
por el camino fatigoso. Machete al cinto
sombbrero de yarey alón y picudo.
Ecos de emboscadas. Tiros constantes.
Retumban velados y secos. Balas desperdigadas
atraviesan apacibles troncos. Cubanos triunfadores.
Heridos sobre gallardas hamacas, sangre lavada
con el agua fresca del arroyo. Herida narigona. Proyectiles
en muslos vigorosos y espaldas erguidas. Con la bala
en el hombro sigue andando el que niega estar muerto.

Pitazos de los ingenios al oscurecer. Arropados por la espesa
noche negra. Bóvedas de púas laceran. Dormir junto
al machete y el revólver. Cariñosas las estrellas de
la madrugada. Amanecer de infortunio. Gime el Olimpo.
¡Ah, Flor! Bella cabeza fría, labio roto. Apagan su vida
dos balas en el pecho. Puercos cubanos que
pelean contra cubanos.
Llama la corneta. Tiemblan las piedras. Hidalguía
sobre la montura. León de Oriente. Manos arpadas del
barranco. Cuerpo alto. Llegó y venció.

Han manchado la bandera.
El vil gusano violó y robó.
Mano justiciera de fuerza demoledora
lo abate.

Titán en un caballo dorado.
Hijo de inmortal estirpe.
El soldado más bueno y general más tenaz.
Pavor de zanjoneros.
La espada digna de Baraguá.

Clima tenso, disgustos y disensiones entre gallardos
gladiadores. Vendaval de pasiones de cubanos puros.
La mano franca y el abrazo de hermanos.
Vence el amor a Cuba y a su sagrada libertad.

Sabana inmensa espectadora de tantas batallas. Mambises
viejos y leales cargan al enemigo aturdido, sin descanso.
Campamento tranquilo y dichoso. Sombrero como
almohada. Sueño inquieto. Pensando en las pasiones bajas
y feroces del hombre. Zozobra y amargura. Despertar
temprano.
Sobre alfombras van los caballos. Jinetes que han venido
a la revolución para hacerse hombres. En el campo está un
pueblo.

Dos Ríos

(19 de mayo de 1895)



El clarín enciende la llama. Estampida de caballería.
Estruendos de pólvora. Alaridos de combate.
Vestido de negro el jinete insurrecto. Revólver presto
a disparar. Sin miedos.
Desde los yerbazales la descarga cerrada y certera
lo abate debajo del dagame seco.
Cae de cara al sol. El astro conmovido inclina su cabeza
ante el héroe.
La patria se zarandea herida.
Se paralizan las corrientes del Cauto y el Contramaestre.
La brisa cesa y el valle calla.
Desde la sierra hasta la sabana un manto de silencio
envuelve todo.
Deja de cantar el sinsonte.
El colibrí inerte en su flor.
Cordilleras estremecidas. Gimen las piedras.
Apretujados los corazones insurgentes.
Su sangre caliente penetra la tierra. Fecunda el suelo
venerado.
Un haz de luz brota y se empina hasta el firmamento.
Un rayo ilumina el cielo azul. El sol se encumbra sobre el
Turquino.
Triunfantes se desbordan las aguas de los ríos.

Bate con fuerza el viento solemne, despeina las palmas
erguidas.
Resuena el cantar de las aves. Revoletean palomas blancas.
Mutismos quebrados. Melodioso clarín arenga en la batalla.
Muerte gloriosa la del Apóstol, en brazos de Cuba amada.

